



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10353

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º día de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN MAYOR 24

JUEVES 7 DE MAYO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado, y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura.

Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para panaderías, Norias especiales.

Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abaco y metálicos, vías férreas con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, cortinas, etcétera, etcétera.

Básculas y Cajas para celdas. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PEREZ BURBE
12. CASTELLINI 12

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

LA ALDEA DE MÓSTOLES

Allá van anhelantes, envueltos por el polvo del camino, parecidos más bien á mitológicos buecotauros que á humanos gineles.

Cada uno de ellos es una proclama, una amenaza para el ejército invasor.

¡La patria está en peligro! les han dicho allá en el insignificante vilorrio, y enardecidos por tan enérgica lamentación espolean al bruto que los lleva, y febriles, sin detenerse en ninguna parte, lanzando por doquier esas palabras, llenando de ellas el monte y el valle, la aldea y la ciudad, que repiten el eco al unísono, confundidos todos en el anor sacrosanto de la patria, que desolada llama á sus hijos para que la salven.

Ya pueden temblar aquellos brillantes caraceros de Jená y Austerlitz; ya pueden temblar los feroces manducos de Egipto; la tierra que pisan repelirá ese grito, mostrándoles al mismo tiempo las alturas de los Arapiles, las llanuras de Bailén y las murallas de la inmortal Zaragoza, desastrosas para su orgullo de constante vence-

dor, y aviso providencial del Waterloo de más tarde.

Quedarán ignotos los nombres de los oscuros gineles, que secundarán las ordenes del heroico alcalde de Mostoles como quedaron desconocidos también los de aquellos que combatteron al lado de Daoiz y Vélazquez en el Parque; pero sus desahucios siempre hallarán en el recuerdo de sus memorables hechos el aliento necesario para en igualdad de circunstancias imitar á aquellos que, si no alcanzaron brillo para sus nombres, llenaron de gloria á España.

Ni pararonse aquellos valientes en lo desigual de la lucha que iniciaran tan bravamente los elispeiros madrileños, ni se curaron de ulteriores consecuencias.

La patria estaba en peligro, y los hijos del pueblo no titubearon un momento en acudir en su auxilio.

Sin aquel atrevido esfuerzo, ni hubieran venido al invasor, ni se hubieran hecho dignos de la libertad política consagrada por aquellos sublimes Cortés de Cádiz, iniciadoras del desenvolvimiento progresivo á que se había hecho acreedor aquel pueblo tan viril, que al implorarse por la patria, defendía con ella también la libertad.

Patria y libertad; lema santo que tantos héroes han defendido en España: ayer contra las agullas francesas; más tarde contra las negruras del absolutismo; hoy contra los que pretenden hollar la integridad del territorio; mañana contra quien, sin razón, se atreva á este noble pueblo, que no olvida al intrépido alcalde de Mostoles, como encarnación elocuentísima de lo mucho que adora á la patria y de lo que ésta puede esperar de sus hijos, cualesquiera que sean los momentos por que atraviere y la importancia del enemigo que á insultarla se decida

LUIS BRUSES.

DESDE MADRID.

Se. Director:

Muy señor mío: Conste, pido, que nadie me alabe, yo debo alabarme—que antes que ningún periódico y antes que ninguna agencia, he dado las primeras noticias sobre la posibilidad de que entremos en los preliminares de la paz; y calculen ustedes cuál será mi satisfacción, cuando veo que periódicos de la independencia y de la importancia de «El Imparcial» han escrito sobre la manera de apreciar las posibilidades á que me refiero, en una forma parecida á la que yo, el día 23, comunicaba á usted: Verdaz que, si hay alguien que tiene el mal gusto y se topa la molestia de leerme hace muchos años, habrá podido observar que en muchas apreciaciones respecto al estado social del país he sufrido al delante.

«La Época», á propósito de la sequía, hace un artículo titulado «La caridad egoísta», en el que se coincide también con mi manera de pensar.

Recuerdan ustedes cuanto vengo hablando y hace cuánto tiempo, sobre los deberes de la riqueza y cómo se repiten en los de abajo y más caridad en los de arriba, la sociedad moderna está expuesta á un cataclismo.

Cuando la fe era muy viva, cuando todas las penas y todas las privaciones que se pasaban en la tierra se esperaba encontrarlas compensadas en la otra vida, los menesterosos, los pobres de espíritu, los desgraciados, eso que hoy se llama el castigo estado, tenía más resignación para sufrir y menos fe para pelear. Pero han venido ciertas escualas, y han cometido la falsedad y la brutalidad de decir al pueblo: «No hay otra vida; aquí encuentra el hombre su premio ó su castigo.» Y el que trabaja la tierra y el desahucado, procediendo lógicamente, exclama: «Venga mi parte de premio en la tierra; y si para esto es necesario que perezca media humanidad, que perezca.»

Cuando amenaza un gran conflicto en un pueblo, cuando se presenta una dificultad como la de la sequía, por ejemplo, todos piensan en este género de asunto y se habla de la caridad egoísta. A tal punto han llegado las cosas, que para ejercerla tiene que traer cuenta.

Y no hay que llamarme neci ni rona-guillo; he dado muchas pruebas de eso que yo digo y lo otro que he dicho es que, estudiado el país, creo que para su felicidad puede hacerse mucho más con el catecismo que con el «meeting».

Y como prueba de que no lo sacrificaré todo á la fuerza de la doctrina, terminaré estas observaciones diciendo á ustedes, aunque ahora en lugar de no les parezca amar, que la base de la moralidad es la riqueza.

Ha terminado la crisis francesa y ya se pierde la cuenta del número de Gabinetes que ha devorado el Parlamento. Parece la agambra francesa, en lo que destrazan ministerios, algo así como el Ayuntamiento de Madrid en lo de devorar alcaldes.

Todo lo que se repite mucho, pierde su importancia, y Francia, que se comovía hondamente con los cambios de Gobierno, hoy apenas si se preocupa de que ocurran, y yo hablo de Europa donde se verá con completa indiferencia si se influirá siquiera en los cambios. La primera batalla que este ministerio ha de librar será en la Cámara de los diputados, contestando una proposición de Mr. Goblet, que dice que el nuevo Gobierno es inconstitucional por no ceder sus miembros de la mayoría de la Cámara; los radicales y socialistas lucharán también con todas sus fuerzas por derribar la situación, así que si los progresistas hicieran causa común con ellos, el ministerio sería derrotado.

De política interior nada importante puedo decir á ustedes: calmada la efervescencia que las elecciones produjeron, sólo se piensa en quién ha de ocupar los cargos parlamentarios, y con este motivo hay infinidad de atoradores que ponen sus ojos y su nariz de influencia y hasta de intriga, para ocupar las Subsecretarías que vacan, por más que, según mis noticias, ni el Sr. Alix, ni el Sr. Marqués de Mochales abandonarán las suyas por ocupar el primero la presidencia de la Comisión de presupuestos y el segundo la de actas.

¿Cómo cambian los tiempos! Hace unos años veíamos con temor el anuncio de la fiesta del trabajo; y hoy, después de verla pasar una y otra vez sin que la sangre corra, ni tiemblen las esferas, nos parece un día más de jolgorio, un día más de pascua. No es esto, sin embargo, es algo más, y algo más que no deben olvidar

los poderes públicos; y menos en años como el presente en que nos amenaza el hambre y la miseria.

Si el fondo de esa manifestación pacífica viviera una protesta; y una protesta terrible: el pueblo no se conforma con su modo de vivir; sabe lo que brota de su estomago y quiere una parte; conoce las necesidades y quiere satisfacerlas; sabe que sus hijos son víctimas del trabajo prematuro; con relación á su edad, y no puede soportar que la ansiedad y el requitimo empobrezcan su sangre y paralicen su desarrollo; sabe que existen miles de vidas que se pierden por falta de un tiempo que necesitan entero para satisfacer las más apremiantes necesidades.

Estas consideraciones son, creo, exactísimas y, por esto, las clases elevadas deben reconocerlo, reconducirlo y hacer cuanto esté á su alcance para aliviar estos dolores que debilitan el espíritu de confianza y de fe en los pobres atacados de este mal terrible.

Los Gobiernos no pueden ni tienen obligación alguna de dar á cada individuo un «robo» diario; los pobres no pueden existir sin trabajar, pero los favorecidos de la suerte tienen el deber de tender un trozo de pan al hombre que por ganarlo se afana y muere de hambre.

Donde los recursos de los poderes públicos se agotan, pueden triunfar, repito, la caridad individual, y á esta fin deben encaminar su vista todos los españoles hoy que la falta de agua es para este pobre país la mayor de sus desgracias.

Por lo que quiero entristecer á ustedes con observaciones que en todos palpitan y que no son nada para evitar nuestras calamidades, ni para favorecer la lluvia... son sólo un chaparrón de ideas que anuncian un cielo muy negro, un horizonte obscuro.

Las estereotipias llenas de gente que aún tienen «perros» para horchata de chufas; los pollos, camuflados de elegante sacando ya de las palovientes cofres esos trajecitos de tela de forros, á cuadros, que tanto juego dieron el pasado verano en el pitar de las d. Gómez; las niñas casaderas luciendo cuantos vistosos «pobrecos» con muchas vaquitas y cintas

se hallaba como en un sueño; pero lo mismo que se recuerdan los sueños algunas veces, así cuando salió de su estupor, sus antiguas inspiraciones y las triviales recompensas que había obtenido le parecían indignas de sus esfuerzos. Aquella era la primera vez, después del año de su noviciado de apor, que las inventivas habían podido valer para mortificarle un instante. Pero la copa se había llenado hasta los bordes, una sola gota más, debía hacerla verter, la columna que sostenía su existencia pasada, se había hundido, y todo parecía ruinas en torno suyo.

Por fin, llegó Danvers y llamándole Maltravers, salieron juntos. Danvers, le dijo esto, ha llegado el momento en que, según se ha dicho, necesitaré de vuestros servicios; ¿dónde os veré esta noche con seguridad?

—Permaneceré en la cámara hasta las once: pasada esa hora me hallaréis en mi casa.

—Bien, muchas gracias.

—¿No pueden arreglarse las cosas amigablemente?

—No, esta cuestión es de vida ó muerte.

—Sin embargo, yo está el mundo bastante ilustrado para pretender llevar adelante esas viejas opiniones de combates singulares.

—Hay casos en que la naturaleza y sus profundas heridas son siempre más poderosas que el mundo y su filosofía. Los desafíos y las guerras pertenecen al

Aquel último escrito de Ernesto era su hijo predilecto: le había concebido en un momento feliz de elevada ambición, lo había puesto en ejecución con el deseo de llegar á la verdad, que en la cabeza de un hombre de genio se trucea en arte. En las horas solitarias que le robaba al sueño, cuán poco soñaba él consigo mismo y con esa recompensa común del hombre laborioso, la nombradía! No; soñaba en divulgar secretos que hicieran mejores á los hombres, más sabios, más fieles á los grandes fines de la vida. Y Florencia, Florencia sola había escuchado en cada página los latidos de su corazón! Y ahora resultaba que en aquel periódico, que estaba leyendo, se encontraba con una crítica de su obra, y no solamente era una crítica hostil, sino una diatriba virulenta, injurias personales; toda la fidelidad de un alma baja estaba vaciada en aquellas líneas. Si el escritor hubiera conocido la dolorosa prueba que esperaba hacer Maltravers en aquellos momentos, dejaría de ser hombre si no hubiese retrocedido á la vista de la planta medio marchita, azotada por un fuerte granizo; pero ya lo he dicho, hay terribles discordancias, entré el autor y el hombre. Ernesto no podía sentir estofices el desprecio y la cólera que producen ciertos mordiscos cuando tocan á la vanidad, al orgullo; no podía sentir una honda aversión al mundo y á los objetos á que había aspirado por tanto tiempo. No obstante, no tenía ni la plena conciencia de este sentimiento:

dientes cuando se alejaba. De allí fué en derredura á casa de un sujeto de su misma edad; con quien le ligaba una especie de amistad, que nunca había llegado á hacerse familiar, desahucando momentáneamente una recíproca estimación; una amistad de esas en que seguramente se hacen de una y otra parte más servicios, que si se hubiesen declarado amigos íntimos. El coronel Danvers, que es de quien hablamos, se sentaba en la cámara de los diputados al lado de Maltravers: los dos votaban juntos, tenían los mismos principios sobre la política y el honor; se hubieran hecho mutuamente préstamos de grandes cantidades de dinero, sin exigirle ningún interés; estando ausente uno de los dos, no se le podía atacar en presencia del otro, sin que hallara en éste un ardiente defensor. Apesar de esto, como sus hábitos y sus gustos no eran los mismos, cuando se encontraban en la calle no le decía el uno al otro, como podía decirlo á una persona que estimara menos: «Pasaremos juntos el resto del día».

No estaba Danvers en su casa y desde ella se encaminó Maltravers al club de Saint-James, creyendo encontrarlo. Se informó allí que Danvers había estado una hora antes, dejando dicho que volvería pronto. Entró Ernesto y se sentó tranquilamente; la sala estaba llena de sus huéspedes habituales, pero Ernesto no huyó del gentío; ni tampoco lo hizo; no experimentaba el deseo de la soledad, harta soledad